

Algunas notas de lectura para Freud después de la Primera Guerra Mundial¹

Some Notes for Reading Freud after the First World War

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

Universidad de Granada

España

jcrodr@ugr.es

(Recibido 30-11-2015;
aceptado 07-12-2015)

I

EL INFIERNO TAN TEMIDO: DE “LO” INCONSCIENTE A “EL” INCONSCIENTE

I.- Vamos a ver si nos entendemos. Si hay un texto que me haya impresionado siempre en la historia de la literatura escrita en castellano es sin duda un poema sin nombre de autor, un poema anónimo (¿qué importa el nombre propio en este caso?). En el siglo XVI-XVII se podía escribir así: “*No me mueve mi Dios para quererte / el cielo que me tienes prometido*”. Esto ya de por sí es básico. Lo que mueve al amor es el amor del Cristo crucificado y bajado a la Tierra para salvarnos. El “homo viator”. Pero en verdad lo que impresiona no es eso. Lo que impresiona es exactamente la ausencia del daño, aunque se sea consciente del daño. Tampoco te amo/odio, tampoco me sacrifico en ti por “*el Infierno tan temido*” (“*ni me mueve el infierno tan temido/ para dejar por eso de ofenderte*”). Es la más decisiva oposición que haya podido escribirse en la época: el amor puede más que “*el infierno*”. El yo-soy “sujeto libre”, “capaz de amar”, puede más en la entrega que cualquier censura ante el hecho de entregarse, de autodestruirse incluso (Freud, se sabe, hablaba del “enamoramamiento” como una forma de auto-destrucción). Retornamos así al *inconsciente ideológico*. Es claro que hoy nadie teme al *Infierno* y sus absurdas metáforas de llamas y ruedas de condenación eterna. ¿Por qué un supuesto “sujeto libre” (el que trae consigo el primer capitalismo nacido en esa coyuntura: del XIV italiano al XVII holandés y europeo) tendría que estar condenado simplemente por el hecho de no haber respetado los mandatos –los *mandamientos*– de un señor? ¿Cómo un hombre libre va a aceptar a un

¹ Para citar este artículo: Rodríguez, Juan Carlos (2015). Algunas notas de lectura para Freud después de la Primera Guerra Mundial. *Alabe* 12 [www.revistaalabe.com]
DOI: 10.15645/Alabe.2015.12.10

Señor? Y sin embargo esa figura ideológica de la transgresión o del pecado sigue latiendo en nosotros. Cuando el escritor uruguayo Juan Carlos Onetti escribió su relato *El infierno tan temido* sabía muy bien lo que decía. El inconsciente ideológico sacralizado sigue actuando aún en nuestro inconsciente psíquico. Nos sigue configurando. Lo que sigue existiendo es la serpiente, aunque hoy nadie crea en la serpiente. La guerra llamada “*primera mundial*” (la del imperialismo diversificado de 1914-18) sacó a la luz las ratas de las alcantarillas, esto es, horas y días y meses combatiendo a las ratas en las trincheras. Aquella carnicería inconcebible antes. Las neurosis de guerra llegaron a su paroxismo. Freud no conoció directamente ese infierno, esas trincheras/alcantarillas de ratas, pero todo le llegó de rebote. Nunca como entonces sintió el *Infierno tan temido*. Así la carnicería de la 1ª Guerra se convertía rápidamente en otra cosa: por un lado la presencia de la muerte absurda. ¿Por qué los hombres se mataban? ¿*Warung Krieg, Por qué la guerra?* Por otro lado, y como habíamos indicado, el tremendo problema de las “neurosis de guerra”. ¿Dónde estaba ahí el elemento sexual? Decíamos: Freud lo resuelve con su otro gran hallazgo: el *narcisismo libidinal*. Adiós al problema, pero el problema se acentúa, porque es el largo camino hacia el *Warung*, hacia el porqué de la guerra/muerte, lo que Freud no se explica. La pulsión de muerte vale más que todo, lo destruye todo, como la –aparentemente– incomprendible masacre del almacén humano en las trincheras, como la desaparición del imperio Austro-Húngaro. Pero la lucha a muerte no había estado solo fuera. También dentro. Así las disensiones en el interior del propio movimiento psicoanalítico van a transformar la cuestión de las tópicas. Recordemos: entre 1900 y 1906 (o sea entre la *Interpretación de los sueños* –*Traumdeutung*– y el análisis de la Gradiva de Jensen) Freud había establecido la primera tópica (inconsciente, preconsciente, consciente) en donde “lo” inconsciente era un “lo”, es decir, algo subordinado al yo, un estrato más entre los estratos del “yo”. Más o menos se entendía aún como el subsuelo donde actuaría “lo reprimido”, sólo que lo *reprimido* sería más bien la versión *dinámica* de ese lugar *estático* llamado “inconsciente”. Lo inconsciente quieto, al ponerse a andar, se expresaría como lo reprimido. La segunda tópica, la que se establece entre 1920-1926, supone, por el contrario, un salto brutal: “lo” inconsciente, decíamos también, se transforma en “*el*” *inconsciente*. Se abandona² así la imagen del inconsciente pensado desde unas relaciones en cuya cúpula estaría el “yo”, para, al contrario, pensar el yo a través de las relaciones del inconsciente, concebido ahora como único valor psíquico pleno y “animador” de todo. El inconsciente abarca la totalidad del “ser psíquico” y el “yo” es sólo una parte de ese ser psíquico. Incluso el Yo se piensa por debajo del Ello (*Das Es*, un término, como se sabe, que Freud toma de Groddeck y Groddeck de Nietzsche), es decir, la pulsionalidad del yo pierde intensidad hasta el punto de *no saber* qué le domina. La introducción de la pulsión de muerte arrastra al yo más allá de cualquier principio de placer. La *repetición* incesante de la pulsionalidad del Ello es el signo mismo de esa representación de la muerte, etc. ¿Es

² Veremos que “abandonar” es un mal término. Freud no abandona nunca la metáfora básica de lo “inconsciente” como el envés de lo consciente, sólo que ahora se va a fijar mucho más en la lógica interna de esa tópica infernal que es su nuevo concepto del “alma”, en estricto del aparato psíquico no-sustancializado.

el largo viaje hacia el fondo de la noche de Céline, de O'Neill, o *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry? No deja de ser sintomático que en esta nueva tópica, el otro lugar de la represión (la representación del *superyó*) se presente de hecho casi como la única ventana abierta hacia la pulsión de vida, un resquicio apenas para que el yo "surja" hacia fuera, a pesar de la dureza y de la hostilidad del muro del Superyó.

II

La Transferencia

1.- Con más consecuencias: no menos significativo resulta el hecho de que, en esta etapa de posguerra, Freud tenga que reafirmar de nuevo el estatuto de la *transferencia* (entre el analista y el analizado) tanto por el lado del "racionalismo medicalizante" anglosajón (el defendido por Jones) como por parte de la *terapia afectiva* del húngaro Ferenczi, que permite incluso que sus enfermas le besen. Otto Rank será asimismo una influencia decisiva. No sólo por su idea de que las neurosis surgen por el trauma del nacimiento (y el deseo de retorno al útero), sino sobre todo por su ya aludida noción de "héroe" que le va a permitir a Freud además escribir sobre la novela familiar y establecer las raíces de su último libro en Londres, *Moisés y el monoteísmo*, sobre el que volveremos enseguida.

2.- La transferencia es clave desde el punto de vista de la 2ª tópica, porque el yo del analista no es superior ni puede tener poder sobre el yo del analizado (o analizante). No sólo se trata ya de que el enfermo sepa "construir" mejor su enfermedad que el analista, es que ambos "yoes" están enjaulados desde siempre, y, en consecuencia, la actitud de la *transferencia* o es *paritaria* o no es³. Claro que aquí actúa también la defensa de Freud acerca del *análisis profano*, no médico (y la necesidad de que el analista se autopsicoanalice cada cinco años aproximadamente), pero, con ello, aparece también una lógica atracción de Freud hacia una vieja pasión del XIX que ahora, en los años veinte, cobra de nuevo auge por todas partes: no sólo la sombra del hipnotismo, sino en especial la *telepatía* y el *ocultismo*. La *transferencia paritaria* parece llevar a la telepatía, y el ocultismo telepático hace que Freud "mueva mesas", junto con su hija Anna y con Ferenczi. Nunca como en esta época se puede decir que todos se han vuelto locos⁴. Incluso al rehacer la *Interpretación de los sueños* Freud añade un capítulo nuevo acerca de los sueños y la telepatía. Jones, como buen empirista británico, se asusta. ¡Qué van a pensar en el mundo

³ Claro está que Freud sabe también de sobra que en la *transferencia* el analista ocupa en cierto modo el lugar de los padres, o su imagen sustitutiva, o sea, la imagen del *superyó*, con lo cual la ambivalencia del *yo débil* será obvia: el *rechazo de la persistencia* en ese *yo débil* (oprimido entre las demandas del Ello y del Superyó) sería la tarea básica del análisis. Hoy, se dice, no se trataría de "curar el síntoma" (del que en el fondo se goza) sino de "saber qué hacer con el síntoma".

⁴ No le faltaba razón a Stefan Zweig al describir la labor de Freud en este momento de los años veinte como *una curación por el espíritu*, algo así como ese "telurismo" o "teosofismo" en que se pretendía hablar casi como en una "telepatía mental", incluso a través de la mente del universo. Freud no llegó a tanto, pero Zweig lo intuyó así, y así lo dijo incluso en Londres en su oración fúnebre ante la tumba de Freud. Cfr. S. Zweig «Sigmund Freud» y «Palabras junto al féretro de Sigmund Freud», en *Memorias y Ensayos*, ed. Juventud, Barcelona, 1953.

anglosajón! Claro que trata de decírselo a Freud de la manera más suave, más “teórica” posible. El asunto de la telepatía puede hacer confundir la *pulsión de vida* con lo que Bergson ha llamado el “élan” vital etc. como ya apuntábamos al principio. El problema del misticismo y de la compulsión religiosa, que siempre ha acompañado al psicoanálisis, vuelve a aparecer ahora. Además pronto surgirán los nazis y Jung encuentra en ellos una ratificación de sus ideas sobre el “inconsciente colectivo” (los “arquetipos originarios”) de los pueblos y por tanto de un *inconsciente ario* frente a un *inconsciente judío* (o así lo plantea Jones al menos). Estos “profesionales del alma”, estos “médicos o magos del alma”, como ellos mismos se llaman, no saben que hacer sin el alma: cada individuo tiene un alma (de ahí el “particularismo” de Jung) pero esa alma está marcada por la tipología psicológica de los pueblos, de las razas, la psicología colectiva etc. Claro que si Freud había llamado a Jung “imbécil ario” y “cristiano protestante que no entendía nada” tampoco podía esperarse otra cosa de Jung: su denuncia del psicoanálisis freudiano como algo exclusivamente judío. Más aún: cuando Freud se desmaya por segunda vez, es Jung quien lleva en brazos a Freud; Freud le mira con ojos intensos, le dice que tenía *autoridad* sobre él y que posiblemente en ese momento la ha perdido; Jung deduce que desde ese momento, al decir eso, es cuando Freud ha perdido toda autoridad y que no es más que un homosexual reprimido. Y así hasta el infinito. O mejor dicho: del infinito al cero. Aunque los *arquetipos* de Jung también le van a servir a Freud (del mismo modo que la noción del útero de Rank) para escribir el *Moisés*, la novela familiar del judaísmo y del antijudaísmo.

III

El Padre y el Hijo, egipcios y judíos

1.- La tesis de Freud es clara al respecto: el psicoanálisis no puede ser una ciencia judía porque Moisés, el fundador del judaísmo no lo era. Era un egipcio. O mejor: perteneciente a una familia pobre (judía) que en realidad se cría entre egipcios nobles. Mata a su padre egipcio y se convierte en héroe, pero también mata al Dios de los judíos al convertir la *palabra* divina en texto religioso. Luego los cristianos matarán al Padre judío y acusarán a los judíos de haber matado al Hijo (así San Pablo), y de ahí el antisemitismo. El judaísmo sería la religión del Padre y el cristianismo la religión del Hijo, pero en realidad ninguna de las dos serían religiones, sino la leyenda del Hijo que mata al Padre, del hijo que luego se convierte en Padre y es matado a su vez por su Hijo etc. El libro sobre Moisés mata a su vez dos pájaros de un tiro: por un lado legitima el “psicoanálisis ampliado”, donde la Historia real no cuenta sino sólo la *leyenda*, pero una leyenda que se interpreta a la vez con los métodos del “psicoanálisis concreto”. La verdad de la historia sólo se revela no en la Historia misma, sino en la trama oculta del lenguaje imaginario, ficticio, el de la novela familiar.

Pero por otra parte, Freud pretende lograr así, desde Londres, la definitiva “desjudeización” del psicoanálisis: el padre del judaísmo no era judío (aunque hubiera nacido judío) porque su verdadera novela familiar, su verdadera familia era egipcia, allí fue donde se crió, se alimentó, se educó... Su conversión al judaísmo sólo fue un resultado de la necesidad de matar a su verdadero padre (o sea: el “legendario”, pero también el no biológico), como luego trató de matar al Dios judío, que en realidad fue matado por el Hijo cristiano, al que a la vez mataron los judíos... El psicoanálisis es genéricamente “humano” y no puede haber un inconsciente ario o judío porque la muerte del Padre se reproduce siempre y en consecuencia el psicoanálisis es “universal”. Por muchas vueltas que le demos se muestra a las claras cómo es el inconsciente ideológico de la coyuntura histórica de los años veinte-treinta (incluidos sus vaivenes “científistas”) lo que aquí funciona a la luz del día. Pero eso es precisamente lo que a nosotros nos interesa: no el *Arquetipo universal del Héroe o de la muerte del Padre* (que en realidad, así entendida, no implica más que un biologicismo darwinista de “ley de supervivencia” y de “evolución de las especies” -o de las “razas” o de las “ciencias” -absolutamente grotesco) sino la cuestión de la *novela familiar* y de ese inconsciente ideológico que se trasparenta por todas partes en la escritura de Freud.

Con lo cual nos resulta necesario volver al principio: así como la histórica “inventa” síntomas, está poseída por esos síntomas que el médico interpreta (a la vez que sugiere y suprime los síntomas), así también Freud está “poseído” por una escritura que cree que es suya (y lo es: *la muerte del padre*) pero que se transforma en pura ósmosis ideológica en cuanto trata de constituirse (como teórica) no ya en el lenguaje de la neurosis sino que (en tanto que “teórica”) intenta pasar al lenguaje de la Historia o de la Leyenda: no es lo mismo el lenguaje del neurótico que el lenguaje legendario de la novela, salvo por una cosa: en ambos casos el lenguaje está atravesado por el inconsciente ideológico que lo impregna, que lo configura.

Y una vez más volvemos al meollo de todo nuestro problema: ¿cómo se diferencian de hecho el lenguaje del neurótico (o del sueño) del lenguaje de la literatura (o de la Filosofía)? Es obvio que si partimos de la diferencia básica entre el yo (transhistórico) y el yo soy (radicalmente histórico, el del inconsciente ideológico), tal como la venimos estableciendo desde el principio, las cosas se vuelven un poco más claras. El lenguaje de las neurosis o de la histeria es exactamente el que araña a partir del aparato psíquico del yo, ladra ahí, a través del inconsciente ideológico. En ese momento “patológico” parece obvio que el *aparato psíquico* se impone (aunque siga manifestándose a través del inconsciente ideológico). En vez de decir *yo soy*, el lenguaje del neurótico, pretende decir simplemente yo. En el lenguaje de la Literatura o la Filosofía parece obvio también que lo que se pretende es decir yo soy. Sólo así podemos entender a la Literatura como el *resto del “yo-soy”*, según apuntábamos antes, puesto que lo que le falta es decirse, o mejor aún, el *decir*. Y el *decir* es ya una cuestión absolutamente objetivada, producida dentro de unas marcas fijas. Lo que venimos llamando la *Norma Literaria* en cada coyuntura histórica. La producción objetivada/objetual del texto literario (escrito pero también oral) es una

consecuencia obligada del *decir*. El decirse a sí mismo no basta: hay que construir el resto ahí afuera y ese resto se objetiva (se objetualiza) tanto que acaba por no depender del *yo digo* o del *yo (me) soy*. La independencia objetual (la escritura vive por sí misma, necesita su propia inmanencia para poder vivir) es a la vez lo que diferencia la lógica productiva literaria de la lógica productiva del sueño. El sueño depende del resto diurno del supuesto yo, es en efecto, otra forma de decir yo. Incluso, si se quiere, de decir *yo soy*. Pero de nuevo aquí el matiz vuelve a ser decisivo. En el sueño normal, como en las neurosis –normales o no– es el yo el que aúlla. El resto del yo diurno. En la Literatura (aparte de que exija códigos y géneros y normas, y aparte de que exista la difícil conciencia intencional del autor) quien se manifiesta por encima de todo es el inconsciente ideológico, lo que permite decir *yo soy escritura*, aunque sea a veces una falacia total. De cualquier forma: la histeria o la neurosis crean su lengua para decir yo; la literatura (o la filosofía) crean su lenguaje para decir *yo soy* y “me legitimo” (o legitimo al mundo) a través de mi habla y de mi escritura.

IV

Inconsciente ideológico e inconsciente libidinal: un esquema

En consecuencia parece claro que las líneas maestras del esquema habría que plantearlas más o menos así:

1.- El problema de Freud fue creer que el inconsciente psíquico se expresaba directamente en el lenguaje, en los sueños, en la Literatura. Esto es falso. El inconsciente psíquico se “expresa” (digámoslo así) convertido en inconsciente ideológico y sólo desde ahí *habla*. Claro que existe un lenguaje psíquico propiamente dicho, pero ese es el que hay que saber extraer o analizar a través de la *interpretación* o de la *escucha*: oír cómo funcionan o disfuncionan los mecanismos del chirrido psíquico, ese es el trabajo del analista.

2.- Freud tuvo el inmenso valor de descubrir (y *construir*) la estructura y el funcionamiento de tal mecanismo psíquico. Esto es indiscutible. Como es lógico no podía tener ni la menor sospecha de la presencia del inconsciente ideológico en la configuración de ese aparato psíquico y sus “expresiones”. Esto es, las formaciones históricas de la individualidad. Solamente pudo sospechar el enfrentamiento entre los instintos de satisfacción y la Cultura opresiva (el mal-estar etc.), o lo que hoy se llama “lo imaginario o lo simbólico”, por ejemplo. Por eso pudo analizar y describir los desajustes o desguaces de ese mismo aparato psíquico, de la relación entre Eros y Tánatos, pero en absoluto supo –ni pudo– hacerlo respecto a una objetividad tan fuerte como la escritura literaria, que es siempre ideológica ante todo.

3.- Los lenguajes de los sueños o de las neurosis son elaboraciones en cierto modo análogas a la elaboración literaria pero se diferencian obviamente no sólo por la intencionalidad consciente/inconsciente que se le atribuye a la Literatura (también la

histórica inventa sus síntomas, el neurótico su lenguaje), sino, insisto, por la objetividad absoluta de la escritura, su inmanencia, su fuerza, su estar-ahí con sus propias reglas etc. En este sentido la Literatura es el *resto del yo* únicamente en el ámbito histórico del *yo soy*. El lenguaje de la histeria o de las neurosis es el intento del “yo” por construirse como “yo” sin encontrar jamás su “lugar”. El *yo soy*, en cambio, en tanto que histórico, siempre tiene su lugar fijado ahí afuera: en la escritura en que se inscribe (con todas las contradicciones que eso implica).

4.- En cualquier caso: tampoco se puede decir que las histerias o las neurosis sean expresiones *directas* del aparato psíquico “in nuce”, sólo que como obras de arte “no logradas”. El lenguaje psíquico es sólo el agujero o la ventana o la grieta por donde el yo trata de aflorar (así tampoco se puede decir que el arte sea la reconciliación “lograda” de los deseos). Pues resulta preciso resaltar de nuevo que jamás existe un “yo” previo a nada, siempre se trata de “construirlo”. A través de la dislocación del lenguaje de las neurosis, siempre absolutamente subjetivo (digámoslo así), o a través del lenguaje de la literatura, absolutamente objetivo (digámoslo así también). La literatura se produce, se hace a partir del espacio del *yo soy*, pero es obvio que a ese espacio le falta algo: le falta la objetividad de la escritura (o de la oralidad) el *lugar histórico* donde el “yo-soy” puede desplegarse e incluso diluirse. En tal sentido la literatura no puede considerarse nunca tampoco como sueño diurno (ni por supuesto nocturno). Tanto es así que, como insinuábamos también, la literatura se puede separar de su “yo-ideológico” sólo para construirse otra configuración ideológica, mientras que resulta imposible que la histeria o las neurosis se puedan separar de su “yo-psíquico”. Es la objetualidad de la literatura –su productividad objetual– lo que caracteriza su elaboración y su lectura. Se puede leer literatura sin tener ni idea de quién es el autor de un libro. Mientras que, evidentemente, la histeria o las neurosis no se pueden interpretar sino como adheridas al yo que las transporta (el “caso”). Precisamente por todo esto tampoco podemos imaginar el yo soy de la literatura como un algo anterior, previo a la escritura: es un yo que se construye en ella, incluso hasta desleírse en ella, como venimos diciendo.

Por supuesto las cuestiones son mucho más complejas, pero baste con el esquema.

V

De los “casos” de Freud al “Yo republicano”

1.- Sólo que ahora necesitamos sumergirnos de nuevo en la problemática freudiana para intentar seguir aclarando algo acerca del “psicoanálisis ampliado”. Pues en verdad el trasvase de *leyenda* o de *novelas* es algo clave en el “psicoanálisis ampliado”, pero también en el *psicoanálisis concreto*. En aquellos años primerizos de la relación con Charcot, Freud (quizás en su primer *autoanálisis*, a propósito de su supuesta “neurastenia”) había percibido ya la imagen de un pensamiento desvinculado de la conciencia sin

que los enfermos lo supieran. Más aún: los fenómenos histéricos obedecían “a leyes” (era la obsesión de la época positivista), y gracias a la neurología de Charcot, Freud puede concebir el nuevo concepto de neurosis, separado de la neurología. Freud en Viena se separa a su vez del método escénico de Charcot, renuncia a “ver” y “tocar”, escucha el relato: sería el principio de nuestra novela. El enfermo se vuelve novelista: inventa su lenguaje, su discurso, fabrica su “caso”. Y es aquí donde aparecen las Musas. Si el “alma” era un misterio normal, mucho más misteriosos tenían que ser los casos patológicos: la lengua del loco, la inspiración del poeta. Misterios sólo desvelables, para el cientifismo de la época, por la “degeneración hereditaria”. Lógicamente para Charcot la solución debería venir de otra parte. La obra de arte, la obra poética, sería una especie de “*histeria lograda*”. Por el contrario Freud –y también lógicamente- da la vuelta a la cuestión. Se trataría de hallar el lenguaje de la histeria. Y así la histeria sería una obra de arte “deformada” (como acabamos de indicar). Es decir, el arte sería la plenitud del lenguaje de las musas, ese ideal narrativo que las musas deformarían en la expresividad de la histeria.

2.- Pero las musas tienen sexo. Freud retoma las viejas tradiciones de la brujería y la posesión demoníaca: había algo de verdad en lo del útero. Había algo de verdad en lo de la sexualidad. Además el sexo estaba de moda, quiero decir, se había “redescubierto”. Si en el feudalismo y el posfeudalismo la obsesión era la sangre, en tanto que verdadero *secreto* del alma y del cuerpo, ahora el secreto se traslada a la alcoba: es así como Sade mete a la “Filosofía” en el dormitorio y como Diderot hace “hablar” a los sexos femeninos (*Los coños indiscretos*: algo que casi nunca consiguió Freud), pero algo que se traslada no ya sólo a lo más íntimo de la familiaridad monogámica burguesa sino –con el cientifismo y el positivismo- a lo más íntimo del cuerpo humano, lo que se ve y no se ve. El pene “se ve”, pero ¿cómo ver el secreto oculto de la vagina? Lo que se lleva entre las piernas es el *secreto* del ver/ no ver que la humanidad arrastra consigo. Puesto que además ese “bajo vientre”, esa oscuridad, ha *subido* inesperadamente *hacia arriba*: ya no está biológicamente encerrado sobre o dentro de las piernas, sino extrañamente oculto en algún lugar del cerebro, de un cerebro que además no es fisiológico sino “psíquico”, invisible, perceptible apenas en los agujeros y los lapsus de sus *manifestaciones*, en la verdadera oscuridad de su lenguaje. El falo lo dirige todo, pero el falo no es el pene visible sino “lo invisible” del comportamiento humano. Y una sombra: ¿*Qué desea la mujer?* Freud se empecina en “masculinizar” el clítoris: vestigio remoto, huella patente de un pene perdido. Pero como eso no es más que una falacia, un “engaño del ver”, Freud se siente atascado y de ahí –insisto- la terrible pregunta que acabamos de esbozar. O sea, el ¿*Qué desea la mujer?* se convierte para Freud en un enigma que jamás resolverá, como no resolvió nunca el ¿*Por qué la guerra?*

Quizá sólo alguno de sus “efectos colaterales” que la psiquiatría de los USA suele rellenar hoy con pastillas pre o post traumáticas, más las terapias habituales de la Psicología conductista para el “yo castrense”: algo lógico entre los *marines* que destruyeron Irak o Afganistán, creando a la par lo que Robert Fisk llama la nueva arma invencible, es decir, el *terrorista suicida* en los grandes centros de las grandes ciudades o el explosivo no menos

invisible en las dunas del desierto⁵.

3.- Ya desde el XVIII inglés, y luego en el francés, las novelas eróticas y pornográficas se entremezclan directamente con las novelas de temática directamente familiar. Es curioso que la Ana Ozores de *La Regenta* de Clarín puede traducirse como “*Anna O.*”, y que Flaubert llame a la Bovary “esa puta” que sin embargo “soy yo”. En la Francia Republicana del post-imperio de Eugenia de Montijo, se establece el divorcio pero el adulterio sigue castigándose con pena de muerte. En Inglaterra el Tom Jones de Fielding o la *Moll Flanders* de Crusoe ya se habían mezclado con los relatos descaradamente pornográficos como *Lástima que sea una puta* de John Ford, la *Fanny Hill* de John Cleland (que obviamente es un divertido juego de palabras para mostrar lo divertido –*funny*– que es el monte o colina –*hill*– de Venus), o, ya en el XIX, la no tan anónima ni secreta *Mi vida secreta* donde, entre col y col, se nos añaden “lechugas” científicas acerca del pene, el clítoris, las dimensiones de la vagina etc. Es así también como se establece la novela pornográfica en Francia, desde el *Gamiani* de Musset o los textos de Restiff de la Bretonne hasta la *Educación para señoritas* de Pierre Louys, ya en el siglo XX, incluida la historia pornográfica que Apollinaire hace de la familia Borgia. También en España, por supuesto: desde la llamada *Biblioteca de López Barbadillo* hasta la “analítica del sexo” que establece el médico Felipe Trigo, con títulos tan curiosos como *La de los ojos de color de uva*, que imita claramente al Balzac de *La muchacha de los ojos de oro*, como luego lo hará Marsé (un incesto a la vez que una burla del fascista “democratizado” Luys de Santamarina y del *Descargo de conciencia* de Laín Entralgo) con su novela *La muchacha de las bragas de oro*. Y por supuesto todos los espectáculos y los relatos llamados “sicalípticos” (o también novelas para leer con una sola mano), de autores como Hoyos y Vinent, José Mesa, José Francés, El Caballero Audaz. Pedro Mata... Una lista interminable que he estudiado en otra parte y que se relaciona de inmediato con pintores como López Mezquita o Romero de Torres. Si a eso le añadimos el “amor libre” proclamado por los anarquistas y por ciertas utopías socialistas, o la aparición en el sexo vital y escrito de mujeres como Annaïs Nin o Lou Andreas Salomé (a la que tanto quiso Freud) o de escritores como D.H. Lawrence o Henry Miller, nos daremos cuenta de lo que ya sabíamos de antemano: el sexo es el verdadero secreto psíquico que hay que analizar, el verdadero sustituto del “alma humana”. Sobre todo en su sentido de pulsión de vida/muerte, como en la *Historia del ojo* de Bataille o en la felación del dedo del pie de la estatua en *La edad de Oro* de Buñuel. Es en ese mundo, evidentemente, donde se injerta la analítica de Freud, tanto su novela familiar como su novela sexual. Y ahí aparecen dos nombres claves: el alemán Krafft-Ebing que hace un análisis minucioso de todo tipo de relaciones y perversiones sexuales (fue el que introdujo seriamente los términos de sadismo y masoquismo), para uso exclusivo de médicos

⁵ Cfr. los espeluznantes relatos del ex-marine Phil Klay: *Nuevo destino*, Random House, Barcelona, 2015; el recuerdo de la derrota en Vietnam –todavía latente– se libera aquí con un aire de absoluta superioridad, que se va viniendo abajo en el propio texto (vid. el relato: “En Vietnam tenían putas”). El voluminoso y fascinante libro del magnífico reportero Robert Fisk: *La gran guerra por la civilización. La conquista de Oriente Próximo* es el mejor análisis que he visto del horrible problema actual derivado de la destrucción de esa zona. Cfr. Destino, Barcelona, 2006)

y juristas⁶, o el inglés Havelock Ellis (al que tanto admiró Freud) que nos detallaba con precisión su homosexualidad, su matrimonio con una lesbiana, la locura final de ésta etc. El sexo se redescubría, digo, entre naturalismo, pornografía e incluso erotismo “lógico”, como higiene social y como sentido científico (las enfermedades venéreas eran una obsesión: y quizás la locura de Nietzsche su símbolo básico), así como la “liberación” de la mujer, que sin embargo no tuvo un éxito femenino masivo.

4.-Si Freud retorna en los años veinte a la relación sexo/muerte (como lo había hecho Stoker en su *Drácula*, como lo hará Bataille) es porque, tras el infierno de la guerra, Freud vuelve a “redescubrir” lo que ya estaba inscrito en la *Interpretación de los sueños*, esto es, el poder de la muerte en el sexo, el poder de las brujas o de las poseídas de la magia medieval, expresando su sexualidad en los ríos o en los bosques (el “aquelarre” que fascinaba a los historiadores del XIX, Michelet, sobre todos). El inglés W.Cullen había establecido por primera vez la noción de *neurosis* como sistema de lenguajes sin expresión aparente (sin lesión o inflamación del órgano del dolor, hasta que, decíamos, también en nuestro siglo George Simmel llegue a hablar de la “enfermedad de los nervios” en la gran ciudad). Esa “enfermedad de los nervios” que lleva a buscar soluciones en lo telúrico e incluso en lo astral o en la nueva magia teosófica. Es quizás también (lo han recordado casi todos los estudiosos de Freud, desde Jones a Lacan, desde Strachey a E. Roudinesco) el redescubrimiento de las teorías de Franz A. Mesmer, el “mesmerismo”, o sea, la imagen de un fluido universal que atravesaría todos los cuerpos (uno de los *secretos* masónicos) en relación con el imán y la magnetización directamente relacionada con la hipnosis. Ahí también aparece la *Frenología* de Gall: apoyar las manos sobre una zona del cráneo (porque en cada zona estaría localizado un sentimiento). Pero aunque Freud sigue creyendo en la hipnosis y en el apoyo de las manos sobre la frente, es el *telurismo espiritualista* el que le corta la hierba bajo los pies en estos años veinte. Ya antes, en su segundo viaje a Francia en 1889, Freud había decidido encontrarse con la llamada “escuela de Nancy”, donde enseñaban Liébault y, sobre todo Bernheim. Pues, como hemos apuntado, es a partir de Bernheim cuando Freud se decide a la separación definitiva entre fisiología y hecho psíquico. El tratamiento de Bernheim a través de la *sugestión* le sugestionaba a él mismo. Es quizás –o sin duda- la práctica de Bernheim la que le permitirá a Freud concebir de manera clara lo que luego van a ser las nociones de transferencia y libre asociación (incluso de catarsis) y a la no disociación entre lo *normal* y lo *patológico*. Podríamos decir así que si (para Freud) Charcot era aún una especie de clínico/teórico, Bernheim fue sin duda el terapeuta práctico, incluso con ribetes de curandero. Obviamente Freud surge del choque entre las dos posturas, pero a través de la vía del relato de la fantasía, de las distorsiones del lenguaje. Si se aferra sin embargo al extraño lenguaje de la sexualidad sin norte, ese blanco del lenguaje, es para apartarse tanto del saber médico como de la coerción moral/sociológica (puesto que parte siempre de la coerción como

⁶ Richard von Krafft-Ebing, que publicó en 1886 su *Psychopathia sexualis*, fue uno de los pocos médicos alemanes –y no alemanes, por supuesto- que reconoció la valentía de Freud en el análisis de las “perversiones”. Claro que se trataba de un médico un tanto peculiar.

algo interior –no sólo interiorizado–, lo que llama aún ambiguamente “lo reprimido” etc.). Pero en este proceso hay un hecho que no por menos conocido debemos de dejar al margen. Si había acudido a Charcot con el caso prestado de Anna O. bajo el brazo, ahora se presenta ante Berheim con un caso propio y bien real. La figura de Emmy Von N., un caso en el que Berheim fracasa: reconoce que sus “sugestiones hipnóticas” sólo le sirven para los enfermos pobres y públicos del Hospital, no para la clientela privada. Solo que este “fracaso” de Berheim va a ser decisivo para el psicoanálisis.

5.- Puesto que un día (fechable: el 1º de mayo de 1889) Emmy le grita a Freud, mientras lo abraza: “¡No se mueva, no me diga nada, no me toque!”. Evidentemente ese será el embrión del famoso *diván* que va a separar al analista del analizado. Pero es lógico en su sentido más profundo. No se trata sólo de que el saber del enfermo, a través de ese grito, se separe ya radicalmente del supuesto-saber del terapeuta; se trata obviamente de que ese grito establece una nueva perspectiva de la cura, abre el silencio, lo constituye como separación espacial, corporal, de lenguajes. La teoría del *grito* se hará clave enseguida en la pintura y luego en la estética “dadaísta” (algo especialmente significativo a partir, como es obvio, de *El Grito* de Munch)⁷. Pero es así como, tras ese grito que separa los cuerpos, Freud se ve obligado a retomar a Charcot, a revisar todas sus teorías acerca de la *representación* del “tocar y ver”, para separarse definitivamente de Charcot. La herida del grito es la escisión que establece el único lenguaje posible: la escucha silenciosa del lenguaje del silencio o de los agujeros deshilachados. Freud irá incluso más allá. Hasta el habla del silencio absoluto: lo siniestro y la pulsión de muerte. Es por lo que hemos hablado del cambio de sentido de las dos tópicas. El Inconsciente (*Unbewusste*) se convierte en *aparato psíquico* pleno, desde la metáfora de las supuestas tres humillaciones del “yo” (como decíamos: Galileo, Darwin y el propio Freud) hasta “lo siniestro” de 1919, donde el yo tiene miedo de estar vivo o muerto. Las imágenes concretas bien conocidas y ya enunciadas: un objeto animado ¿está vivo o no? ¿un objeto sin vida puede estar vivo o parecer animado? Castración, Doble, la obsesión del Automata: cloacas y vampiros. El infierno de lo fantástico real. Procesos históricos todos, como vemos: ida y vuelta a Charcot; ida a Berheim y revuelta de todo a partir del grito; el lenguaje del silencio y el proceso de lo siniestro. El proceso histórico de Freud es tan complicado, que el propio Lacan, al volver a examinar ese proceso, se tuvo que preguntar inevitablemente: ¿y si la histórica ya no existiera? La relación historia/historia se nos vuelve a presentar así como un planteamiento implacable. Claro que no hay que pedirle peras al olmo. Freud ignoraba la Historia porque ignoraba (obviamente) la posibilidad de un inconsciente ideológico entramado con el libidinal.

6.- Para Freud la Historia era siempre, como venimos constatando, una visión darwinista de la cultura, un evolucionismo cultural siempre entrevisto como el *resto* de un subsuelo biológico, quizás aderezado con reverberos sociológicos: el famoso *contexto* donde el padre se convierte en la figura del héroe o del jefe. Y por supuesto los *estratos*

⁷ Freud consideraba al dadaísmo como algo tan imbécil que ni siquiera suponía insania.

geológicos de Kant o la originaria *niebla biológica* de Hegel. Así quizás concibe Freud la propia historia del psicoanálisis como una especie de Espíritu hegeliano encarnado en el Estado o en el Jefe. Pues, pese a todo, un jefe es necesario, la democracia es imposible, todo se reduce –como en la novela familiar– a oscilaciones entre la resistencia al jefe y/o la sublimación del jefe. Así trata de explicar su ruptura con Jung (psicología protestante), con Adler (socialismo) o sus diferencias con Janet. Con éste nunca había tenido nada que ver; los otros dos han cedido a la imagen de la Psicología del subconsciente o del supraconsciente. Pero junto al dolor de la escisión de Adler y sobre todo de Jung, contra quien Freud se estrella de verdad, y como también esbozábamos, es contra la psiquiatría. No se estrella contra sus propios “locos” (sus analistas: Jones llamará loco a Ferenczi, hasta que éste impulsa a Freud a salir de la Viena nazi) sino contra los locos “de verdad”. Desde fines del XIX el problema de las psicosis había estallado definitivamente. Mientras que, como su propio nombre indicaba, las neurosis podían calificarse como enfermedades *sólo* de los nervios, las psicosis, por el contrario, suponían la enfermedad total, el cero absoluto. Seguían considerándose, decíamos, como una herencia degenerada (la enfermedad no se adquiría, se heredaba: y no en el sentido genético actual, sino dentro de la metáfora de la degeneración de las especies). Y así la normatividad de *Lo Normal* resultaba decisiva en la clasificación de los casos y en las diagnósticos (el poder de la Norma era igualmente decisivo en sociología, en la psicología de los pueblos, en Historia o en Literatura: por eso titulé uno de mis libros *La Norma Literaria*).

7.- En Psiquiatría las dos perspectivas establecidas eran las previsibles. Por un lado (el caso de Kraepelin, por ejemplo) lo normal daba sentido a lo patológico; por otro lado (y de nuevo el ejemplo de Charcot), lo patológico daba sentido a lo normal, como la muerte da sentido a la vida (y por supuesto ahí se inscribe el Freud de 1920). La nosografía de la locura en Kraepelin se establecía a través de tres tipos de psicosis: la paranoia, la locura maniaco/depresiva y la demencia precoz. Y la metáfora de la medicalización lo cubría aquí todo: se trataba de clasificar los casos y de retirarse ante la posibilidad de cualquier tipo de cura. Una tercera posibilidad aparece: la representa el alemán Eugen Bleuler (el maestro de Jung) que implica una especie de “desmedicalización” de las psicosis a través de un intento de ayuda a los enfermos (de ahí quizás arrancará lo que en los años sesenta-setenta del siglo XX se llamó *Antipsiquiatría*, es decir, el abandono del organicismo de la locura y el intento de “socializar” la ayuda). Para lograr su “programa” Bleuler tuvo que inventarse una especie de *lengua* de la locura, a partir de la traducción de los agujeros o las jergas inconexas que oía, interpretando sus posibles sentidos –si es que poseían alguno que no fuera el blanco-. Así proyecta los *tests asociativos* (junto con Jung), frente a la imagen freudiana de las *asociaciones libres* (que aquí no parecían valer para nada). Bleuler y Jung se siguen enfrentando con Freud respecto a categorías psicóticas tan claves como la esquizofrenia o el autismo. Por ejemplo Bleuler no cree en la *demencia precoz* de que habla Freud, pues este no es un hecho necesariamente juvenil; o bien, como exactamente pronuncia Jung, Freud no es capaz de explicar por qué aparece una *demencia precoz* en lugar de una *histeria* etc.

La locura puede con Freud, y Freud intenta evadirse como puede. Curiosamente diciendo que la locura se escapa de la enfermedad mental (¡y tanto!), como la histeria se había escapado de las enfermedades nerviosas. Es un ardid como cualquier otro para tratar de evitar el hecho obvio: cuando la locura “real” aparece no hay forma de hablar con ella. Y ya que no hay forma de hablar directamente con la locura Freud se inventa otro ardid no menos sorprendente: en vez de *hablar con* la locura, *leer la locura*.

8.- Hemos dicho desde el principio que la literatura (o la escritura en general) no se puede psicoanalizar en sentido estricto porque ahí no existe la transferencia. Freud lo intuye (debería saberlo, aunque no siempre lo cumple: es su maldita ambición hacia lo que venimos llamando “psicoanálisis ampliado”, id est, explicar el mundo a través del psicoanálisis) y por eso analiza los “sueños” del protagonista de la *Gradiva* de Jensen, como algo extraído del texto, como si fueran sueños “reales” (digámoslo así: aunque luego su análisis intente explicar de hecho el texto en bloque). Es decir, hace “trampas”, pero las trampas pueden valer como experimentación sobre los mecanismos del sueño en abstracto. Sólo que al enfrentarse al problema de la locura, su procedimiento es muy otro. Ya que no puede *hablar* con la locura, digo, trata de *leer* la escritura de la locura. Y así volvemos a tropezarnos con ese increíble y honorable magistrado, el Dr. Schreber, que había escrito el curioso –y famoso desde entonces– libro titulado *Memorias de un neurópata*. Se confesaba preñado por Dios para salvar al mundo, etc. Como se sabe bien, el diagnóstico de Freud desanudaba la trama: en realidad se trataba de un caso de locura, de paranoia real, donde no era el mundo el perseguido sino el propio Schreber etc. Simplifico muchísimo porque todo lo que tenía que decir lo he dicho ya: es uno de los casos más conocidos de Freud (aunque pienso que ni la lectura de los sueños de la *Gradiva*, ni la lectura de la paranoia de Schreber –como tampoco el caso de Hans, “Juanito”, dirigido de hecho por el padre, Max Graf– pueden considerarse en estricto como “casos” de Freud). Por supuesto que Freud señala con justeza hasta qué punto la paranoia es sin duda una forma de la locura, pero no creo que a través de esa “lectura” arranque a la paranoia de la psiquiatría (como tantas veces se ha dicho); como, de forma analógica, sí se puede indicar, en cambio, que Freud arrancó (en gran medida al menos) a las neurosis de la neurología. De cualquier modo lo que sí es cierto es que Freud se siente atraído por la paranoia, por las psicosis en general, porque es ahí donde se estrella (ese extraño azar de la locura, ese enigma deshecho que también obsesionaba a Lacan, equiparándolo con el aparente enigma –que no es tal– del *Azar* de Mallarmé). La locura le obsesiona, y por eso Freud discute sobre el autismo como una forma de *autoerotismo* donde se habría intentado suprimir el “eros” intermedio; o discute sobre la esquizofrenia (*Schize* en griego, o *Spaltung* en alemán) raíces que indican ruptura, disociación, división. Freud habla de *Ichspaltung* o división del yo, en la que el yo se separa de parte de sus representaciones, pero con una precisión, un matiz inevitable: ya que para Freud la tópica psíquica nunca es doble, sino triple: *inconsciente, preconscious y consciente* en la primera tópica; *Ello, Yo y Superyó* en la 2ª tópica, no se puede hablar simplemente de un “yo” partido en dos o escindido en dos.

Muy al contrario: para interpretar a Freud, para saber cómo leía Freud, habría que comenzar por esos *tres procesos yoicos*. Puesto que si no actuamos a través de esos procesos acabaremos por ignorar la clave: sólo el supuestamente sustancial *Yo monárquico* (absoluto o constitucional) concluye sus escritos con esta firma taxativa:

Yo, el Rey

Me temo que el “yo” de Freud es mucho más “republicano” (al menos por su complejidad aleatoria) pese a que el propio Freud -durante esa guerra- confesaba tener su libido completamente puesta en el Imperio Austro-húngaro.

⁸ Y en absoluto me estoy refiriendo a los tres ejes lacanianos (lo real, lo imaginario, lo simbólico) que ahora ya son cuatro discursos: el discurso del amo, etc., más el objeto a minúscula, algo que no podemos examinar aquí. Necesitaríamos más espacio y tiempo.